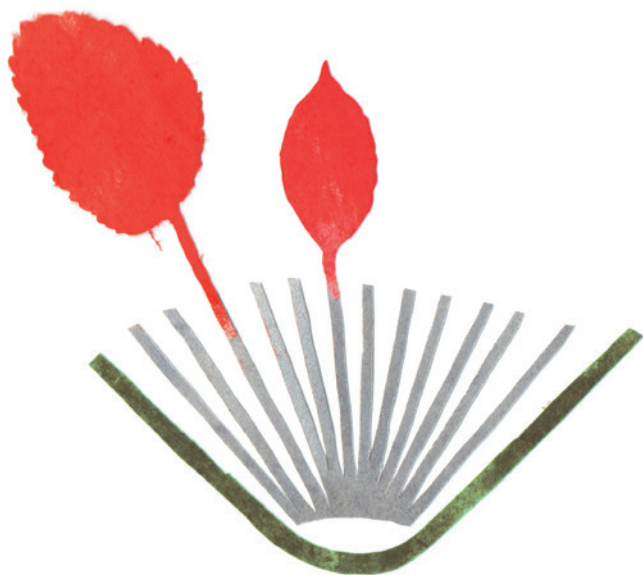


PATRICIO DE LA ESCOSURA

Recuerdos literarios

Edición, introducción y notas
de Joaquín Álvarez Barrientos



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

PATRICIO DE LA ESCOSURA
RECUERDOS LITERARIOS



Patricio de la Escosura (1855)
por José Vallejo y Galeazo (Biblioteca Nacional de España)

PATRICIO DE LA ESCOSURA
RECUERDOS LITERARIOS



Edición, introducción y notas
de Joaquín Álvarez Barrientos

© Joaquín Álvarez Barrientos
© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Patrimonio)
1.ª edición, 2025

Colección PUZClásicos/Textos
Director de la colección: José María Serrano
Diseño de colección: Jesús Cisneros y Fernando Lasheras

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas,
c/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 979-13-87705-71-8

Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
Depósito legal: Z 1669-2025

PATRICIO DE LA ESCOSURA,
FIGURA PÚBLICA DEL SIGLO XIX

Joaquín Álvarez Barrientos



ESCOSURA CONTRA EL OLVIDO

Vivió y murió deprisa

Tamayo y Baus (1881: 4)

CON EL TÍTULO DE *RECUERDOS LITERARIOS* Patricio de la Escosura publicó en *La Ilustración Española y Americana* tres grupos de artículos. Entre junio y agosto de 1875 las tres colaboraciones relativas al poeta Juan Nicasio Gallego; entre octubre y noviembre de ese año otras tres tituladas *Efemérides dramáticas españolas*, y a lo largo de 1876 las diez contribuciones que forman sus *Reminiscencias biográficas del presente siglo*. Las páginas sobre Gallego bien podían ser parte de estas, por su tono y por lo que en ellas cuenta. El libro que se edita aquí es, por tanto, este conjunto, que para Escosura tenía unidad, pues lo reunió bajo el epígrafe *Recuerdos literarios*. Estos recuerdos de su infancia y adolescencia acaban siendo una exaltación de la generación de su padre, de aquellos hombres de finales del siglo XVIII que trajeron el Liberalismo, y una muestra de su amor por el teatro español. En el fondo, un homenaje a lo que le construyó como individuo.

Su vida se acompañó al momento de cambio: nació con la Guerra de la Independencia y maduró en una España en la que el primer tercio del siglo XIX fue de una importancia determinante. Tuvo la oportunidad de contribuir a ese cambio y también de sufrir las consecuencias de una nueva dinámica de opuestos. Vivió desde la España del absolutismo fernandino a la republicana. Sobrevivió a los diferentes escollos que los cambios políticos y vitales le presentaron y fue un representante del hombre público decimonónico. Como muchos individuos de entonces, fue un superviviente que se desenvolvió entre actitudes y prácticas culturales y políticas, ya anunciadas en el XVIII, que más tarde se profesionalizaron. Su liberalismo exaltado juvenil se convirtió al final de sus días en un

radicalismo de partido, bastante moderado, a juzgar por sus discursos y por sus recuerdos. Sus preferencias literarias —el teatro del Siglo de Oro— lo sitúan en el tradicionalismo, algo habitual entonces. Se valió de la novela para explicar sus decisiones, para contar la historia que le tocó vivir, los intentos por hacer realidad una nueva España. Si en algún momento criticó que se emplearan las novelas para hacer proselitismo, él no dudó en defender su ideología desde ellas.

Y mucho menos dudó en servirse de la prensa para llegar al público; en su uso fue uno más de los muchos que dieron vitalidad al siglo desde los periódicos. La prensa tanto fue el mejor medio para exponer las novedades, como para defenderse de ellas. Y es que, dedicarse profesionalmente o con seriedad a las letras y al arte, a algo que las generaciones precedentes consideraron impropio, fue una forma de rebeldía entre la clase media, ya conocida en el siglo anterior, que tomó nuevas dimensiones. La continua aparición de periódicos y revistas se explica por la vitalidad de la época, pero también por el negocio que suponían; ejemplos notables son los de Larra, Mesonero, Modesto Lafuente y Miñano. La negativa consideración que escribir en ellos pudo haber tenido, había desaparecido y pocos o ninguno hablaría en contra de la prensa, como sucedió en el XVIII y durante la guerra; nadie era vilipendiado por poner en venta su pensamiento y su pluma. Por el contrario, lo que se hizo fue constatar los cambios que en la práctica literaria provocaba hacerlo para los periódicos y tener que adaptarse a sus convenciones, limitaciones y ritmo. Los jóvenes, y luego ya no tan jóvenes, pudieron ganarse la vida con una actividad hasta poco antes rechazada.

También fue Patricio activo protagonista de una tendencia, que solo creció con el siglo, a asociarse y crear instituciones de todo tipo, así como los mencionados periódicos y revistas. Esas instituciones habían de difundir la cultura, también la cultura política, entre los ciudadanos, y crecieron por toda España, como indicó M.^a Rosa Saurín de la Iglesia (1994). Esa actividad respondía a la idea dieciochesca —bien representada por Quintana, Lista, Blanco y tantos periodistas del Sete-

cientos— de que el escritor tenía una misión. Una misión que cumplía tanto con la escritura, como con la creación de centros desde los que desarrollar la opinión pública y abrir a los individuos la posibilidad de la cultura, de la lectura, del arte y de la discusión. Era el compromiso del intelectual con sus lectores, que se podía ver como un peligro, pero que avanzó con el siglo adaptándose al moderantismo y al justo medio, consecuencia de la resistencia tradicionalista.

Los jóvenes como Escosura y algunos de la generación de sus padres dieron un paso más en la valoración de la práctica literaria y en su conversión en profesión o actividad de prestigio, lo cual pasó casi necesariamente por la vinculación con la política y la administración. La figura del poeta, que raramente lo fue solo, representa bien este cambio. El poeta fue escritor y, además, político e intelectual. Dedicarse a la literatura distinguía a la aristocracia de la inteligencia, a unos jóvenes que, con el paso de los años, se convirtieron en hombres, quizá en «hombres románticos», como estudió Furet (1997), emancipados de las jerarquías tradicionales, para convertirse en clase directiva. La misma aristocracia debió adaptarse a esas novedades para sobrevivir en lo que se ha llamado cultura burguesa.¹

De este entorno participó Patricio de la Escosura, tanto como contribuyó a su construcción, y de esas experiencias son testimonio sus recuerdos, cuyo posible mayor vuelo tal vez frustró la edad, la enfermedad y la salida a la palestra de Mesonero Romanos con los suyos, como se detalla luego.

A pesar de que por lo general las referencias a él en los estudios literarios suelen presentarlo como un autor de segunda fila, inquieto e incapaz de dar la última mano a sus

1 Véanse Villacorta Baños (1980), Cruz Valenciano (2014), Álvarez Barrientos (2017). Siglas utilizadas: ACPM: Archivos de Clases Pasivas. Madrid; AGMS: Archivo General Militar de Segovia; AGP: Archivo General de Palacio; AHN: Archivo Histórico Nacional; r. v.: reales de vellón; s. p.: sin página; s. v.: *sub voce*. Salvo indicación contraria, las cursivas son siempre de los autores.

obras, perteneció al grupo de jóvenes intelectuales que, según Mesonero Romanos, en los años veinte y treinta del siglo XIX, renovó la literatura nacional, en medio de la «oscura noche intelectual» en que vivían y «a despecho de los rigores y suspicacias del gobierno, y lo que era aún más sensible, de la indiferencia completa del público» (1994: 378). Fue, además, uno de los que dio al siglo XIX el semblante político y social por el que lo reconocemos. Sobre aquellos jóvenes, que en la década de los treinta en efecto lo eran, recayó también la tarea de dirigir políticamente España.

En época que se retrató a sí misma a menudo, consciente de la novedad de su tiempo, tanto sus contemporáneos, como los que llegaron después, construyeron una imagen de Escosura, un personaje, reiterando, tanto su volatilidad política, como su carácter móvil e inquieto; la mucha actividad y superficialidad que, al parecer, lo caracterizaba. Esas características explican, para algunos, su producción literaria, como se verá luego. Pero, lo que se puede destacar ahora es ese personaje, al que él mismo contribuyó en ocasiones. Así, para su amigo Ferrer del Río, «su viveza no le consiente detener la pluma [...]; su imaginación le induce a ocuparse en otra nueva obra» (1846: 199). Según Rico y Amat, antepuso «su vanidad, su pasión y su impaciencia a la voluntad o a la desgracia de los partidos donde ha militado» (1866: 116). Mesonero Romanos destaca «la agitada movilidad de su lengua, de su mente y hasta de su corazón» (1994: 412).

Los novelistas que se ocuparon de aquel tiempo siguieron la línea, y así, poco después de su muerte, Pérez Galdós lo presenta en *Los apostólicos* como «formalillo, atildado, de buena presencia, palabra fácil y fantasía levantisca y alborotada. Sentía vocación por las armas y por las letras, y lo mismo despachaba un madrigal que dirigía un formidable ejército de estudiantes en los claustros de doña María de Aragón. También era orador, que es casi lo mismo que ser español y español poeta. En Los Numantinos asombraba por su energía y el aborrecimiento que tenía a todos los tiranos del mundo. Insistía mucho en lo de hacer trizas a Calomarde, medio

excelente para llegar después a la pulverización completa de la tiranía» (1879: 58). Pereda, por su parte, como «hombre afable, malicioso y risueño [...]: hombre que brilla lo mismo cultivando la política, que el teatro, que la historia, que la novela. Tiene indudablemente mucho talento, pero, salvo mejor parecer, picando en tantas cosas a la vez, no le hallo verdaderamente completo en ninguna de ellas» (1992: 478).

Y, por no alargar más estos retratos del personaje, para Carmen de Burgos «se distingue, ante todo, entre los ingenios de esta época por la actividad: periodista, novelista, autor dramático, militar, político, revolucionario, su nombre se encuentra en cualquiera de las manifestaciones de la vida que se estudien en la mitad del pasado siglo, aunque sea casi siempre en segunda fila» (1919: s. p.). Su vida fue bastante asendereada y este ocuparse en diferentes tareas tuvo mucho que ver con la crecida familia y la necesidad de conseguir medios para mantenerla.

SUS TRABAJOS Y SUS DÍAS

Ágil de miembros, como a su actividad conviene, camina con paso presuroso, agitando a compás el brazo izquierdo, y retorciéndose a menudo con la mano derecha su rubio bigote. Aún es por su exterior alférez de artillería: cada vez que le encontramos en la calle nos parece que se acaba de quitar su uniforme, y casi nos tienta el deseo de preguntarle cuándo le toca montar la guardia en Palacio.

Ferrer del Río (1846: 188)

SE PUEDE DECIR QUE PATRICIO DE LA ESCOSURA fue el resultado de los presupuestos de la Ilustración, y en especial de la fe en la educación, tanto como del papel que empezó a jugar la juventud en el Setecientos como revulsivo cultural, valores asumidos por su padre, que se encargó con cuidado de su preparación, y transmitidos asimismo por Alberto Lista.

Su padre, Jerónimo, había nacido en Oviedo en 1774. Sirvió en Infantería, estudió en la Real Academia Matemática Militar de Zamora (Monterrubio Robledo, 2023) y cuando estalló la Guerra de la Independencia se encontraba en Madrid destinado en el Estado Mayor. Formó parte de la defensa ciudadana contra los franceses y resultó apresado, pero escapó y en Sevilla se puso al servicio de la Junta Central; más tarde estuvo a las órdenes del general Castaños en Andalucía y Portugal.

Como no pocos militares, al acabar la guerra, dejó el ejército y trabajó en la administración, hasta su jubilación en 1841. Entre otras labores, fue censor teatral en tiempos de Bretón

de los Herreros. Tuvo una decidida vocación de historiador y didacta, que desarrolló en su madurez, como muestran sus trabajos sobre España, Roma y Grecia, utilizados en la enseñanza secundaria. Fue además miembro de las reales academias Española, de la Historia y de Bellas Artes; precisamente a las formas y métodos historiográficos dedicó su discurso de ingreso en la segunda, que quedó inédito. También tradujo comedias francesas y textos científicos, y se probó en el teatro con obras originales como *Mauricio* (1839) y *A mal tiempo, buena cara* (1852).² Publicó sus trabajos en las mejores imprentas de entonces, desde la de León Amarita, a las de Ignacio Boix, Repullés y Vicente de Lalama.

Era coetáneo de Quintana, Gallego, Lista, Argüelles, a quienes conoció, y participaba tanto de los presupuestos de aquel movimiento ilustrado, como de los propósitos políticos que se derivaron de él y del valor que los mejores hombres del siglo XVIII dieron a recibir una buena educación, conscientes de que así se formaba a los verdaderos ciudadanos, además de las élites que podían dirigir a la nación. Asunto que aparece en los textos de Escosura cuando trata sobre Lista y sus enseñanzas. La aplicación de aquellas ideas fue, quizá, la razón de que los hijos de Jerónimo tuvieran unas carreras bastante destacadas y acomodadas en la naciente sociedad burguesa española. Además de Patricio, tuvo otros dos hijos: Luis (1821-1904), ingeniero e historiador, y Narciso (nacido en Valladolid y fallecido en 1875).

La profesión de ingeniero representaba la modernidad española, por los estudios que realizaban, por su capacidad para intervenir sobre las vidas de los ciudadanos, mejorándolas, y por la ideología progresista que de manera general se les suponía, frente a arquitectos y a otras profesiones (Bonet Correa, 1985). Recuérdese como reflejo de estas ideas que más tarde Galdós hizo protagonista de su novela *Doña Perfecta*

2 Véase su biografía, por Eduardo Torres Corominas, en el *Diccionario biográfico de la Real Academia de la Historia* y en Gil Novales (2010).

ta a un ingeniero. Luis alcanzó altos puestos en la administración y en su ámbito de trabajo, como director de la Escuela de Ingenieros de Minas, senador y miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, tras haberse formado en París y Alemania en las escuelas de minas y química, además de haber visitado diferentes explotaciones del ramo. Su trayectoria profesional fue más exitosa y su vida mucho menos sobresaltada que las de Patricio, y también se ensayó en la empresa privada con éxito, estableciendo una fábrica de albayalde en Madrid, que fue la más importante de España (Segovia, 1881, xvii: 185-195).

El otro hijo, Narciso, fue periodista y dramaturgo, y también desempeñó cargos en la administración del Estado y en la década de los sesenta, en Filipinas, donde viajó con Patricio, como secretario y jefe de administración, y en Cuba.³ Por cierto, que Narciso se casó con Teresa Mancha, la amante de Espronceda. Parece que ella, cansada de sus ausencias y de la publicidad que daba a sus aventuras, lo abandonó, refugiándose en casa de Patricio (Cortón, 1906: 167). Más tarde, cuando murió Teresa en 1839, se desposó con Carlota Coronel López, con la que tuvo varios hijos. Y luego, una vez fallecida esta, lo hizo en 1854 con Blanca, la hija de Teresa, que había nacido en 1834. Escosura narró el episodio en las *Memorias de un coronel retirado*, lo que llevó a creer a algunos, como a Navas Ruiz (1990: 224), que el amante elegido por Teresa fue él.⁴

Todos los hijos de Jerónimo formaban parte de esa clase que dirigió en mayor o menor medida los rumbos culturales, políticos y sociales de España, aplicando (y negociando) los principios educativos recibidos de sus padres. Escosura destaca una y otra vez la deuda contraída con su progenitor a este respecto. Además de los hijos mencionados, el matrimonio

3 Los datos familiares se extraen de Gil Novales (2010) y de Segovia (1881, xviii: 185-195; xv: 21). También de la página web del Senado.

4 Página Geneanet <<https://gw.geneanet.org/sanchiz?lang=es&p=ana&n=morrough+wolcott>>. Más información en Fernández García (1995:38) y en Navas Ocaña (2021).

tuvo a M.^a Ana, nacida en 1806; a Teresa; a Mario, nacido en 1817, y a Juan Nepomuceno, en 1825.⁵

Patricio Pedro Celestino Jerónimo nació en Madrid el 5 de noviembre de 1807. Sus padres, Jerónimo y Ana Morrogh Wolcott, se casaron en 1805 y vivían en la calle de los Francos, hoy de Cervantes, así llamada gracias a las gestiones de Mesonero Romanos (1994: 446-447). Ana Morrogh había nacido en La Coruña en 1793, de padre portugués y madre bilbaína; murió con sesenta años el 24 de septiembre de 1853.⁶

Fue bautizado en la iglesia de San Sebastián ese mismo día 5 de noviembre.⁷ Puede decirse que, tanto por su familia, como por el lugar de nacimiento, estaba predispuesto a interesarse por la literatura y el teatro, ya que en aquel barrio, el de los actores, habían vivido los grandes escritores del Siglo de Oro (Cervantes, Lope, Quevedo, Góngora) y otros como Moratín, al que tanto admiró; además de encontrarse los teatros del Príncipe y de la Cruz. Muy cerca estuvo, al lado de la iglesia, también la tertulia de la fonda de San Sebastián, a la que había pertenecido José de Cadalso, autor de las *Noches lúgubres*, en las que Escosura se basó para escribir las suyas propias, inéditas (Hafter, 1971; Camarero, 1985).

La Guerra de la Independencia obligó a la familia a salir de la capital, siguiendo a su padre, que primero estuvo a las órdenes del general Castaños —participó en la batalla de Bailén—, y luego, desde 1814 como tesorero del ejército de Castilla la Vieja en Valladolid. En esta ciudad Escosura estudió con los dominicos de San Gregorio y más tarde en la universidad, donde cursó Filosofía entre los años 1818 y 1820. Como se ha

5 Página Geneanet <<https://gw.geneanet.org/sanchiz?lang=es&p=ana&n=morrogh+wolcott>>. Fernández García (1995: 37-38) relaciona algunos hijos más.

6 Según estas fechas, que son las que figuran en la documentación, Ana Morrogh tuvo a María Ana con trece años, y a Patricio con catorce. La diferencia entre ambos esposos era de diecinueve años.

7 Cano Malagón (1989: 211) reproduce la partida de bautismo del libro único castrense de bautismo, fol. 67. Véase también Fernández García (1995: 36).

destacado, el ambiente familiar era proclive a las letras y al mundo intelectual, por las aficiones de sus padres. De este modo, tanto él como sus hermanos tuvieron una buena formación en humanidades y ciencias. Las clases de Patricio se complementaban con otras que recibía de sendos canónigos, a los que menciona en sus reminiscencias: el «señor Cepero», liberal sevillano confinado en Valladolid,⁸ y Tomás González, al que acompañaba a Simancas durante las vacaciones, mientras aquél organizaba el archivo. Andando los años, en ese entorno situó la acción de su poema *El bulto vestido del negro capuz*, con Villalar y Padilla como protagonistas que anunciaban su sentido político.

Escosura, además de tener suerte por su entorno y ambiente familiar, que apoyaba su instrucción, tuvo fortuna con sus profesores. Pues si de estos canónigos, en especial del segundo, aprendió mucho más que en la universidad y fue un estímulo para su curiosidad, más tarde fue alumno de Alberto Lista, por todos recordado como excelente pedagogo. El ambiente liberal en que se formó, debido a las relaciones de su padre, en contacto con personajes como Nicasio Gallego y Manuel José Quintana, fue decisivo para la orientación de sus ideas. Gracias a la frecuentación de Quintana, Jerónimo de la Escosura parecía participar de los planteamientos liberales del británico Lord Holland, al que había conocido en la tertulia del madrileño; contacto que continuó en Sevilla, donde se relacionó además con Blanco White, Eugenio de Tapia, Arriaza, Capmany y Manuel M.^a Arjona (Moreno Alonso, 1997: 29 y 147).

En 1820 la familia volvió a Madrid, y asistió a las fiestas que se celebraban en la ciudad al haber jurado Fernando VII la Constitución el 9 de marzo. Ya en la capital, asistió al Colegio

8 Este Cepero liberal sevillano, si no es confusión de Escosura, ha de ser el canónigo Manuel López Cepero, nacido en 1778 y represaliado, aunque las noticias que se sitúan por esas fechas interno en la cartuja de Cazalla de la Sierra.

de Doña María de Aragón, dirigido por la orden capuchina, donde trabajó amistad con algunos de los protagonistas de sus *Reminiscencias literarias*: Miguel Ortiz, Lorenzo Flórez Calderón, Salustiano de Olózaga, personajes de distinta influencia e importancia en la historia futura. Como en 1820 el convento era sede de las Cortes, el colegio había pasado al de San Felipe el Real, donde comenzaron las clases el 19 de octubre de 1821 (Ruiz Berrio, 1970: 253).

Es el tiempo también en que conoció a José de Espronceda y a José Valls, que vivían cerca de su casa. Más tarde, a Ventura de la Vega —gran amigo del que se muestra quejoso no pocas veces por la falta de correspondencia en los afectos y favores—, Felipe Pardo y Juan de la Pezuela. De estas amistades, algunas para toda la vida, interesa destacar la procedencia social, pues sus padres pertenecían, en general, al funcionariado y al ejército, y eran de tendencia liberal. Pasó después por la Universidad Central, instalada en 1821 en el Colegio Imperial de San Isidro, para cursar leyes, carrera que no le agradaba demasiado, si bien más adelante publicó trabajos relacionados con la materia, como el *Diccionario universal del derecho español constituido*. Encontrarse inmerso en su redacción le obligó a rechazar en 1852 la invitación para formar parte del claustro de profesores del Ateneo.⁹ El libro apareció ese año en cuatro volúmenes.

Durante el Trienio no recibió clases de Alberto Lista en el colegio de San Mateo, por lo caro que era, pero sí después, una vez cerrado, en su casa en la calle de Valverde. Con Lista como profesor, Espronceda, Ventura de la Vega, Luis Usoz, Felipe Pardo y otros formaron la Academia del Mirto, el 25 de abril de 1823.¹⁰ El Colegio de San Mateo respondía a la necesidad de tener instituciones modernas en las que for-

9 La carta dirigida al marqués de la Vega Armijo sobre este particular, en Cano Malagón (1989: 218).

10 Véase Juretschke (1951: 84-104), Simón Palmer (1972: 137-182) y Marrast (1989: 31-44; 55-72).

mar al nuevo ciudadano, aquella esperanza ilustrada, a pesar de los intentos de reforma educativa, en los que se vieron inmersos Jovellanos, Vargas Ponce y Quintana (Dérozier, 1978; Viñao Frago, 2009).

El colegio se inauguró en abril de 1821, tras haber autorizado el marqués de Cerralbo, que era gobernador político de Madrid, la solicitud presentada por el presbítero Juan Manuel Calleja, que fue quien puso el capital inicial. En 1819, él y Lista habían fundado en Bilbao el colegio de Santiago, que les produjo grandes beneficios. Se repetía el tándem: uno, el capitalista; otro, el ideólogo que hacía los planes de estudio; el del Colegio de San Mateo se publicó en *El Censor* del 17 de marzo de 1821 y luego el día 22 en la *Miscelánea de Comercio, Política y Literatura*, de Javier de Burgos. El presbítero José Manuel Calleja fue afrancesado y pedagogo, como Lista y Gómez Hermosilla, y postuló la conciliación de afrancesados y liberales.

Las tarifas del colegio eran muy elevadas, como correspondía a una enseñanza elitista, dirigida a preparar a los futuros dirigentes. Los alumnos internos pagaban 4400 reales o 6000, según se tratara de enseñanza primaria o secundaria; los medio pensionistas, 2200 o 3000, y los externos, 1000 o 1500, por anticipado y trimestralmente. Si Jovellanos había insistido en la importancia de las ciencias y de no separarlas de las humanidades, Lista centraba en las matemáticas la base de la enseñanza humanística. Se estudiaba también dibujo, solfeo, danza e idiomas, además de «educación moral y religiosa» y reglas de urbanidad para saber comportarse en público, así como normas de higiene. De hecho, los alumnos debían cambiarse de ropa interior dos veces a la semana y las sábanas se lavaban cada quince días. Tenían uniforme de diario y de fiesta. El objetivo era educar al futuro ciudadano, cuyo «deber primordial es la defensa de la patria», pretensión netamente ilustrada, que ya era parte del proyecto liberal. Las novedades introducidas por el colegio quedaban más evidentes al comparar su programa con el de la Universidad de Madrid (Ruiz Berrio, 1970: 191-192; Marrast, 1989: 31-36).

ÍNDICE

PATRICIO DE LA ESCOSURA, FIGURA PÚBLICA DEL SIGLO XIX

Escosura contra el olvido	XI
Sus trabajos y sus día	XVII
Sobre su imagen política.....	XLIX
Su imagen como escritor	LXI
Los <i>Recuerdos literarios</i>	LXXXIX
Las <i>Reminiscencias biográficas</i>	LXXXIX
Recuperar el pasado	LXXXIX
Juventud, madurez y revolución.....	CI
Salustiano de Olózaga, Ventura de la Vega y José de Espronceda, jóvenes románticos.....	CX
Los Numantinos, el culto a lo clandestino	CXXIV
La <i>Epístola a Juan Nicasio Gallego, Un logogrifo</i> y las <i>Efemérides dramáticas españolas</i>	CXXXVI
Agradecimientos	CXLI
Criterios de edición	CXLIII
Bibliografía.....	CXLV

RECUERDOS LITERARIOS

Reminiscencias biográficas del presente siglo.....	3
Artículo primero. A manera de prólogo.....	5
Artículo II. Algo de historia de antaño y hogaño—Primer discurso político de Olózaga	15
Artículo III. La Universidad Central, en 1820	27
Artículo IV. Cómo y de qué manera conocí a Espronceda...	39
Artículo V. El Colegio de San Mateo—Espronceda, su alumno.....	49

Artículo VI. Ventura de la Vega.....	57
Artículo VII. De cómo Ventura de la Vega quiso y no pudo ser cómico—Algo de Bretón de los Herreros y un poco de don Juan de Grimaldi	65
Artículo VIII. Los Numantinos	79
Artículo IX. Prosiguen los Numantinos	89
Artículo X. Fin de los Numantinos.....	101
Una epístola a don Juan Nicasio Gallego.....	113
Introducción.....	115
Epístola	125
Un «logogrifo» de don Juan Nicasio Gallego	137
Advertencia	139
Logogrifo.....	141
Efemérides dramáticas españolas	147
Enero.....	150
Febrero.....	153
Marzo.....	155
Efemérides dramáticas (continuación)	159
Abril	159
Mayo	162
Junio	165
Julio	167
Efemérides dramáticas (conclusión)	169
Agosto.....	169
Septiembre.....	170
Octubre	172
Noviembre	173
Diciembre	175

Cierto, muy cierto, que no pueden aceptarse a ojos cerrados las afirmaciones y los juicios de las tales memorias, por cuanto la circunstancia misma de estar escritas por contemporáneos las hace sospechosas de parcialidad, tanto en el elogio como en la censura; mas para obviar ese inconveniente, que confesamos, está la crítica del historiador que haya de utilizar los preciosos datos que en tal género de obras, y solo en ellas, encontrarse pueden.



Títulos de la colección PUZ CLÁSICOS

- 1 *Diarios de viaje por España*. George Ticknor. Ed. de Antonio Martín Ezpeleta.
- 2 *Los orígenes de los cultos revolucionarios (1789-1792)*. Albert Mathiez. Ed. de Francisco Javier Ramón Solans.
- 3 *Cantos populares de España. La jota aragonesa*. Ruperto Ruiz de Velasco. Ed. de Begoña Gimeno Arlanzón.
- 4 *La Disme (Aritmética decimal)*. Simon Stevin de Brujas. Ed. de Vicente Meavilla y Antonio M. Oller.
- 5 *Jefes escoceses*. Jane Porter. Ed. de Virginia Tabuenca Cortés.
- 6 *Honesto y entretenido sarao. (Primera y segunda parte)*. María de Zayas y Sotomayor. Ed. de Julián Olivares.
- 7 *Las ruinas de Palmira*. Conde de Volney. Ed. de Demetrio Castro.
- 8 *Bandidos*. Pietro Chiodi. Ed. de Javier Brox Rodríguez.
- 9 *De ¡Viva Riegoooo! a ¡Muera Riego! Antología poética (1820-1823)*. Ed. de Gérard Dufour.
- 10 *La novela como género literario*. Mijaíl M. Bajtín. Ed. de Luis Beltrán Almería.
- 11 *El Trienio Liberal*. Alberto Gil Novales. Ed. de Ramon Arnabat Mata.
- 12 *La novela. Destinos de la teoría de la novela*. György Lukács. Ed. de Luis Beltrán Almería.
- 13 *A pique*. Joris-Karl Huysmans. Ed. de Francisco Domínguez González.
- 14 *El Metomentodo*. Susanna Centlivre. Ed. de Laura Martínez-García.
- 15 *Sobre el provecho y los peligros de la lectura*. Francesco Sacchini, S. I. Ed. de Javier Laspalas y Alejandro Martínez Sobrino.
- 16 *La música bajo el Terror. Cartas a Iván Sollertinski (1927-1944)*. Dmitri Shostakóvich. Ed. de Juan Manuel Aragüés.
- 17 *Viaje al Cercano Oriente en 1868. (Constantinopla, Egipto, Suez Palestina)*. Alfonso de Borbón Austria-Este. Ed. de Cristina de la Puente y José Ramón Urquijo Goitia.

- 18 *La traición en la amistad. María de Zayas y Sotomayor*. Ed. de Julián Olivares.
- 19 *Estética de Heidelberg (1916-1918)*. Georg Lukács. Ed. de Diego Fernando Correa Castañeda.
- 20 *Descripción festiva y Benegasi contra Benegasi*. Joaquín Benegasi y Luján. Ed. de Tania Padilla Aguilera.
- 21 *Epystole. Epístolas*. Petrarca. Ed. de José Antonio Laín.
- 22 *Ética Nicomaquea*. Aristóteles. Ed. de Marcelo D. Boeri y Gabriela Rossi.
- 23 *Sobre la ontología del ser social/I. Prolegómenos. Cuestiones de principio de una ontología que hoy es posible*. Georg Lukács. Ed. de Diego Fernando Correa Castañeda.
- 24 *Catecismo republicano*. Fernando Garrido. Ed. de Hernán Rodríguez Vargas.
- 25 *Sermones*. António Vieira. Ed. de Luis María Marina.
- 26 *Sobre la monarquía*. Maximilien Robespierre. Ed. de Cristina Ballestín Cucala.

PATRICIO DE LA ESCOSURA

Recuerdos literarios



Estos *Recuerdos literarios* del liberal Patricio de la Escosura incluyen las *Reminiscencias biográficas del presente siglo* y otros textos que el autor publicó bajo aquel título. Son recuerdos de su infancia y adolescencia que lo tienen por protagonista, tanto como a otros importantes individuos del siglo XIX: Salustiano de Olózaga, Juan Nicasio Gallego, José de Espronceda, Ventura de la Vega. Son recuerdos literarios, pero también políticos, en los que destaca el valor que se daba a la amistad, a la educación y a las familias como redes de influencia. Las imágenes que Escosura aporta de esos personajes y de sí mismo completan las que se tienen de ellos como figuras públicas, y al mismo tiempo proyectan luz sobre la vida en aquella centuria.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
es profesor de Investigación del CSIC.
Se ocupa de la historia intelectual y
cultural española de los siglos XVIII a XX.
Sus últimas publicaciones son *El
crimen de la escritura. Una historia de
las falsificaciones literarias españolas,
Cultura y ciudad. Madrid, del incendio
a la maqueta (1701-1833)*, Marcelino
Menéndez Pelayo, *Literatura y nación.
Preliminares de historia literaria, El actor
borbónico (1700-1833), El astrólogo y su
gabinete. Autoría, ciencia y representación
en los almanaques del siglo XVIII,
Maquetista y artillero. León Gil de Palacio
(1778-1849), entre ciudad y patrimonio,
Ellos, y las novelas Una historia de
impostores y He dicho silencio.*